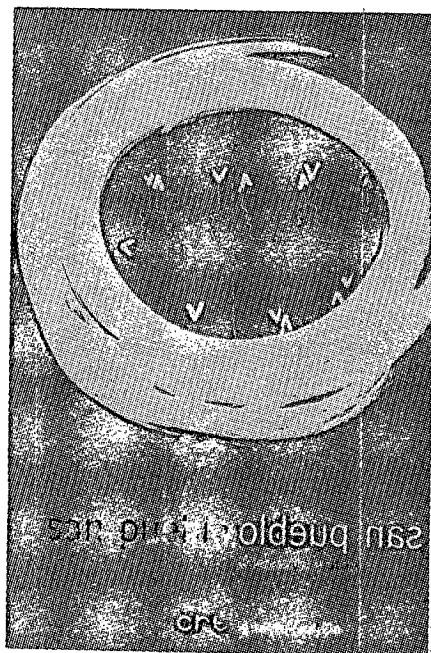


Alienación y utopía

PEDRO TRIGO



Se trata de un estudio sobre religiosidad campesina elaborado en México. Combina en su exposición el rigor conceptual y la capacidad analítica con un estilo narrativo y frecuentemente oral gracias al cual la selectividad y formalización imprescindibles se mantienen sin embargo en su concreta matriz social. El presupuesto de este método sería que la religiosidad no puede ser adecuadamente comprendida si no se la refiere al conjunto de la vida.

Y así comienza ante todo por el estudio del sujeto religioso. Cómo está, se pregunta, el campesino. Seguidamente pasa a describir su práctica religiosa y la mentalidad inferida de ella. Entonces se pregunta cómo es ideología, es decir a qué obedece tematizar así lo religioso. Después averigua cómo se engranan estas estructuras ideológicas con la ideología religiosa de la institución eclesiástica, de la clase dominante y del aparato ideológico del poder institucionalizado. Acaba proponiendo un modelo de interpretación global. Expondremos los puntos principales de su análisis.

El estudio comienza asentando

que el san-puebloño tiene una conciencia bastante clara de su precaria situación económica y de la relación que ésta guarda con la situación estable o incluso opulenta de otros grupos sociales.

Es natural que el objeto pretendido en la práctica religiosa quede configurado según la situación límite que vive el campesinado como segmento social. Así, el objeto explícito de su conducta religiosa es un abanico de necesidades: calamidades naturales, pérdida de cosechas, infortunios y necesidades, que surgen de su misma situación estructural. En la situación límite ordinaria se trata de pedir amparo mediante los ritos programados a nivel social y a nivel individual. En la situación límite extraordinaria la religión es un grito de socorro que se expresa en ritos de emergencia: actos sociales impetratorios y, a nivel individual, mandas y exvotos. El amparo cotidiano y el socorro en las emergencias se totalizan como salvación, y ésta se consume como salvación eterna, redención de esta existencia llena de penalidades. Hay que anotar al respecto que el único acto individual que conserva el carácter de celebración social abierta es la muerte.

Esta relación religiosa estaría estructurada míticamente: "Para el campesino lo sagrado está presente y actúa en la realidad de tal modo que el pasado (las apariciones y demás relatos míticos de este género) y el futuro (mundo de los espíritus, actos tales como mandas, el más allá) pueden intervenir y modificar el presente. Lo natural (la realidad) está impregnado de lo sobrenatural: lo real y lo imaginario se funden. Los seres sagrados (panteón) se configuran al modo de los seres profanos y entran en relación con éstos" (83).

La relación religiosa así diseñada es susceptible de funciones contradictorias. Por una parte refuerza el orden social existente introyectando en el campesino una sobrevaloración de los seres poderosos y una subestimación de su propio valor. Pero por otra cumple una función expresiva: "la religiosidad campesina es una esperanza mantenida contra toda esperanza en la que simultáneamente aparecen la precariedad de las condiciones de vida de los fieles y la ne-

gación a admitir que esa sea una situación definitiva. Cuando el san-puebloño festeja a su santo anuncia una vida diferente donde se rompe la rutina dura del trabajo y se gasta holgadamente, donde todos se tratan de igual y disfrutan la vida. Cuando los san-puebloños celebran a sus difuntos les están garantizando la alegría y la paz que aquí les fue negada. Cuando piensan en las apariciones y santuarios creen que de alguna parte les puede venir la salvación y el remedio a sus angustias" (84-5).

Estudiada la imbricación de la religiosidad en la vida campesina y la pluralidad de sentidos de la relación religiosa, Castillo insiste sin embargo en que ella no totaliza la conciencia y la vida del campesino. Describe y analiza diversas actitudes relativas al comportamiento moral y concluye que —excluyendo algunos tabúes y la explicación de ciertas catástrofes— la moral se constituye como un sector autónomo, es decir no dependiente o dictado por seres superiores por lo tanto no absoluto sino eminentemente funcional, de la mentalidad campesina.

Para comprender la relación entre la ubicación social del campesinado y su ideología, Ignacio Castillo establece un modelo de comprensión a nivel de la sociedad global ya que esa correspondencia cobra todo su sentido en la correlación con las correspondientes a las otras



* Castillo, Ignacio: San Pueblo/Alienación y utopía. CRT, México 1979.

clases sociales. El modelo, de inspiración weberiana, imagina un eje en el que se sitúan los diversos grupos sociales formando una escala según el grado de posesión y dominio de los medios de vida. Castillo recalca que el eje no es continuo: la sociedad no se mueve como un todo desde la carencia y dependencia hacia la seguridad económica y control de los medios de producción. El eje es bidireccional: para avanzar en esta dirección las clases dominantes empujan a otras en dirección contraria.

Pues bien, en este eje la apertura mental sería inversamente proporcional a la suficiencia económica. Las clases dominantes serían prácticamente incapaces de imaginarse un orden social distinto y estarían ciegas para comprender la irracionalidad en que se fundamenta la racionalidad capitalista. Cristianamente hablando estarían casi inhabilitados para la esperanza, apenas podrían imaginarse el Reino de Dios de otro modo que como la prolongación magnificada del reino de este mundo; por eso les sería muy difícil la conversión al Reino. Sin embargo, como no basta la posesión y se necesita el sentido, producirían mitizaciones teóricas o metafísicas —no necesariamente de carácter religioso— tendientes a sacralizar la visión jerárquica de la realidad que los justifica en su posición de privilegio.

Las capas medias estarían marcadas por el tremendo desgaste psicológico que les produce la lucha por la vida en condiciones de estabilidad precaria. Sienten deseos desatados e insatisfacción por la imposibilidad de llegar a los horizon-



tes que anhelan. Oscilan entre la proporción del status —ascenso mediante la capacitación y la competencia en las condiciones establecidas— y la llamada a una solidaridad con los más pobres y a la lucha por el establecimiento de condiciones más justas. En esta angustia tienden a producir dramatizaciones o racionalizaciones morales, entendiendo la religión como fuente de consuelo y sentido, de compensación moral y/o como fuente de respetabilidad en orden al ascenso social.

Cuando no existe un trabajo estable cualificado la esperanza es nada menos que la posibilidad de insertarse en la realidad; el único modo de vivir sin renunciar a entender. Pero esto es tan difícil que tiende a fraguarse una cosmovi-

sión religiosa que justifique lo que se vive y de algún modo —más o menos alucinatorio— lo compense. Por eso en las clases populares la conciencia oscila entre la aceptación de una cosmovisión jerárquica (que hace razonable la resignación a que las cosas sigan así) y la constitución de una red de relaciones patronales (—servicios y favores privados— para sacar pequeñas ventajas individuales); y el rechazo de la situación dada y la constitución de nuevas posibilidades de modo apocalíptico o utópico, pero virtualmente transformador. Esta imaginación de mundos, en la doble dirección aludida, constituye las mitizaciones prácticas, características de la religiosidad popular.

De todos los modos, el deseo primordial de vida que aflora en la petición de comida, trabajo, vivienda, estabilidad familiar, educación para los hijos... sería un grito humanizante. El reto es transformar este clamor en esperanza histórica: en lucha constructiva y solidaria.

Estas breves notas bastan, creemos, para mostrar la riqueza de los análisis de este libro sobre alienación y utopía en una comunidad campesina de México. Por lo que respecta a nuestro país puede resultar una pauta útil para, a través de semejanzas y diferencias, rastrear la estructura de la religiosidad de nuestros campesinos. Desde aquí animamos al propio autor a que lo lleve adelante o a que, acompañando la transformación del país, estudie la metamorfosis de esta religiosidad en los campesinos urbanizados.

